



*Alfonso Mendiola, parte 1. Revistas académicas
e historiografía.*

ALFONSO MENDIOLA, PART 1: ACADEMIC JOURNALS AND
HISTORIOGRAPHY

Interview conducted by Matteo Arias on April 7, 2021 through a video call. The second part will be published in the next issue of El Hilo Rojo. The order of some questions was modified for the purposes of this journal.

Entrevista realizada por Matteo Arias el 7 de abril de 2021 a través de una videollamada. A continuación, se presenta la primera parte; la segunda será publicada en el siguiente número de El Hilo Rojo. Para los propósitos de la revista, el orden de algunas preguntas fue modificado.

MATTEO ARIAS: Muy buenas tardes, profesor. En nombre de la *Revista El Hilo Rojo*, le quiero dar las gracias por darnos su tiempo. Quisiera que empezáramos por que usted nos platique: *Historia y Grafía* nació en 1993, ¿Cómo y por qué nació el proyecto?

ALFONSO MENDIOLA: Es un gusto apoyar este proyecto de los estudiantes del Departamento de Historia. El proyecto de la revista *Historia y Grafía* surge con una intención muy puntual: tratar de reflexionar sobre el oficio del historiador. El interés era preguntarse por lo que el historiador hacía creyendo que era evidente... y que, a nosotros, a fines de los ochenta, principios de los noventa, empezó a resultarnos enigmático. ¿Qué era eso de hablar del pasado a partir del uso de documentación? ¿Qué era leer un documento y hacerlo hablar en un texto de historia? Nos cuestionábamos si las formas narrativas empleadas se relacionaban directamente con el mundo o si las formas narrativas eran nada más una creación literaria. Tengamos en cuenta que la historia era considerada una construcción aun pensando que no era un texto literario, pero, incluso así, se soslayaba el hecho de que la manera de hablar del pasado se constituía en una estructura narrativa que construía normas de validación internas. Esto es, hay formas de validación del conocimiento histórico, pero estas se hallan en el interior de la forma narrativa del propio texto del historiador (con las formas de citado, usos de explicaciones, que en muchos casos el historiador utilizaba de manera inconsciente, etc.).

Siendo historiadores en los ochenta y noventa, lo que supuestamente resultaba evidente, el libro de historia era "evidente" (hablaba del pasado utilizando testimonios fidedignos y construía relatos verídicos), se

nos empezó a venir abajo: se comenzó a problematizar. En suma, nos propusimos hacer una revista que se planteara estas cuestiones. La revista quería reflexionar sobre la razón por la que se vino abajo lo que parecía evidente para el historiador.

Todo esto por la aparición (por la Universidad Iberoamericana) de *La escritura de la historia* de Michel de Certeau.¹ Es este libro el que nos vuelve escépticos de lo que hacíamos normalmente en nuestro oficio. Nos quitó el piso para interrogarnos sobre las cuestiones que la comunidad de historiadores en México no se planteaba comúnmente. Parecía que la historia era obvia, que esta contaba hechos que habían sucedido, que descubría esos hechos a partir de documentos... No se problematizaba realmente.

Ahora bien, junto con la problematización de todas las operaciones que lleva a cabo el historiador para elaborar un libro, nos surgía una pregunta por la responsabilidad cuando se publica algo. En todo este escepticismo, el hilo conductor era: ¿qué responsabilidad tiene el historiador cuando publica un libro sobre cualquier periodo histórico? Esto es, cómo el libro impone un determinado sistema de valores y cómo el autor tendría que ser consciente de dicho sistema de valores. La pregunta fundamental radicaba en vincular al historiador con la sociedad en la que vive y en la que se encuentra. ¿En qué afecta a los lectores del libro de historia lo que yo digo? ¿En qué afecta lo que yo, historiador, digo al espacio político en el que yo me encuentro?

MA: Sumado a todo esto, Guillermo Zermeño, en su artículo "*Historia y Grafía*", siete

¹ Cfr. Michel de Certeau, *La escritura de la historia* (México: UIA, 2010).

años después",² nos menciona que, en la década de los ochenta, los historiadores comenzaron a preocuparse por cómo las aproximaciones teóricas se podían introducir dentro de la reflexión histórica, y que la filosofía, como tal, no estaba tan aislada de la historia como parecía. ¿Usted qué opina acerca de esta tendencia?

AM: Tienes toda la razón en traer a esta conversación a Guillermo Zermeño. Te diría que la revista surge de la amistad que tenemos y de la discusión que manteníamos sobre el tema de la historia. Mi primera formación es de filósofo, luego, de antropólogo social y, después, de historiador. Por lo tanto, yo llego a la historia, con una formación previa. Por ende, cuando me enfrento con ella, lo realizo sin la ilusión de que el libro me habla de algo externo a él, es decir, no participo de este efecto de realidad. Me explico: el libro de historia nos dice que está hablando de algo externo a su forma de artefacto literario, que nos está hablando del pasado. En cambio, para mí, el libro construye el pasado. Cuando impartía clases de historia, yo les hablaba a mis alumnos de estos textos como si fueran obras literarias. Yo les decía que "tal autor sostiene tal cosa para explicar la desaparición del Imperio Romano". Entonces, siempre utilizaba una mediación. Yo no decía "el Imperio Romano desapareció por las invasiones bárbaras", sino que decía "según Momigliano el Imperio Romano...". Siempre veía al historiador y nunca fingí que hablaba del Imperio Romano. Por eso, el libro de historia me parece fascinante en su estructura literaria, en sus formas de explicación, en el uso que hace de

² Guillermo Zermeño, "*Historia y Grafía*", siete años después", *Historia Mexicana* 50,4 (2001): 945-972. Recuperado el 12 de julio de 2021 de: <<https://www.jstor.org/stable/25139361>>.

las citas que hace de fuentes al interior del texto... me resulta una de las formas literarias más complejas. Me fascina el libro de historia por la manera en que se construye y sigo pensando que reflexionar sobre este es una de las cuestiones más ricas en el mundo contemporáneo.

Por otro lado, mi conocimiento de la tradición del pensamiento filosófico me ayudaba a reflexionar sobre el quehacer del historiador; casi te diría que sin el conocimiento filosófico, no hubiera tenido los elementos necesarios para reflexionar sobre todo esto que mencioné. Ahora bien, lo que me impide el vínculo pleno con el pensamiento filosófico es que en él, cuando yo me formé, no había ningún elemento histórico al momento de estudiar la filosofía. No sabría hoy si lo incluyen más. Cuando yo estudié filosofía, no vi nada de historia: no tenías que saber de la Grecia clásica, de la Edad Media, ni del mundo moderno... Y, cuando me vinculo con la historia, me doy cuenta de que nosotros sí podemos usar la filosofía para pensar nuestra labor de historiadores, pero tenemos que aprender a usarla de una manera distinta. ¿Cómo? Historizándola. Implicaría pensarla como el producto de una estructura social, económica, política en donde se elaboran formas de racionalidad, formas conceptuales específicas. Preguntarse por la mediación de esos elementos.

Por eso te diría que sí: la reflexión sobre el libro de historia y la producción del historiador necesita del pensamiento filosófico, pero yo siempre he pensado que necesita de un tipo de aproximación desde la historia. En pocas palabras, la filosofía pensada desde la historia. Por ejemplo, un intento de explicar la obra de Heródoto, para mí, consiste en el esfuerzo por tratar de contextualizarlo, no

sólo en cuanto al contexto de las ideas de la época, que es fundamental, sino también con respecto a la aparición de la polis, con respecto a la tecnología de la comunicación, la aparición de la escritura, con las relaciones interpersonales que se crean entre el ciudadano... Sin separarla de la sociedad en la que se da. Sigo viendo que la distinción entre forma de pensar y sociedad es una distinción inexistente: el pensamiento está encarnado en ella.

Ese era para mí el interés, me quedé insatisfecho con los cursos de historiografía porque no lograban encarnar a Heródoto en su mundo. ¿Cómo circulaba la obra de Heródoto? ¿Se leía en voz alta? ¿Se leía en público? ¿Cómo lo recibía la gente? Todos esos detalles son los que me fascinan. Concluiría así: sí a la filosofía, pero una filosofía pensada como pliegue de una hoja donde se articulan la sociedad y el pensamiento.

El otro detalle que ha constituido mi manera de razonar es que la filosofía significa cosas distintas según las épocas... y que no es lo mismo la filosofía de los griegos que la filosofía medieval, que la filosofía moderna y ni siquiera que la filosofía contemporánea. Hoy me preguntaría si, en el mundo contemporáneo, existe un concepto universal que sea la filosofía. Habría así muchas formas de pensar. ¿Entonces, cómo pensarlas? Guillermo Zermeño y yo veíamos esto último: los historiadores no llevaban historia de la historia, pero los filósofos sí estudiaban historia de la filosofía; los sociólogos, historia de la sociología, etc. Los historiadores no veían esto. Por esa razón, Guillermo y yo concluimos que la formación del historiador tenía que llevar historia de cómo se ha hecho y se hace la historia. El historiador tendría que tener conocimiento de su disciplina justo como el filósofo tiene

conocimiento de Platón. En otras palabras, que el historiador tuviera conocimiento de Heródoto con la misma intensidad.

MA: Considerando que no era tan obvia en la década de los ochenta la idea de la historicidad de la propia historia o la autorreferencialidad que se introdujo más adelante, ¿cuáles fueron los retos cuando emergió *Historia y Grafía*? ¿Hubo detractores, desafíos...?

AM: Había una imagen que se usaba para referirse a *Historia y Grafía*: era la representación de un pájaro que está cortando la rama sobre la que está posado. Entonces, nos criticaban aseverando: "el propio historiador está afirmando que no es posible hacer historia". Aseguraban que nos movíamos en círculo por la autorreferencia... de ahí que usaban la figura de la víbora mordiendo la cola. Luego, nos veían como antirrealistas: como aquellos que creen que sólo existe el texto, pero no la realidad. Por lo tanto, nos entendían como ajenos a la investigación. Con la pregunta anterior se complejizaba tanto hacer historia que la gente decía: "si hago historia así, nunca voy a poder acabar el libro porque es tal el grado de exigencia que no es viable".

La revista debió de haber llevado el nombre de *La escritura de la historia* (por Michel de Certeau), pero Guillermo y yo sabíamos que íbamos a causar mucho malestar porque ese autor causaba demasiada incomodidad. Entonces, ponerle ese nombre era hacer evidente nuestra postura, y eso iba a molestar en demasía. Nos hicimos tontos nosotros mismos: ¡pusimos *Historia y Grafía* (jugando con *La escritura de la historia*) y el primer número está dedicado a Michel de Certeau! La

gente se dio cuenta de quién motivó nuestra revista. Esto causó muchísimo malestar en las instituciones en que se hacía historia en México... mucho enojo. Nos veían como detractores de la propia historia... sentían que no valorábamos el trabajo que se hacía.

Y, luego, hay que enfatizar el hecho de que es totalmente contingente que se haya dado en la Universidad Iberoamericana; fue contingente que Guillermo Zermeño y yo nos hiciéramos amigos; fue contingente que se nos ocurriera la revista en el Departamento de Historia... ¡Pero el hecho de que fuera en la Universidad Iberoamericana creó un malestar mayor... como si dijeran que sólo una universidad privada podía dedicarse a especulaciones sin fundamento empírico! En conclusión, sí tuvo un rechazo por nacer en la Ibero y, también, por el azar de que Michel de Certeau se publicó allí. Si Guillermo y yo hubiéramos estado en otra institución la hubiéramos creado en otra institución: se fue dando azarosamente. Posteriormente, recibimos el apoyo de la universidad y se pudo mantener la revista... y, poco a poco, fue ganando su lugar. Las revistas se hacen visibles después de muchos años; es un proceso lento. Por último, yo diría que hasta hoy debe crear algún malestar *Historia y Grafía*.

MA: Y, ¿cómo se les hizo frente a estos detractores?

AM: Dando argumentos para que vieran que no se intentaba negar que fuera posible hacer historia, que no negábamos esa posibilidad. De igual manera, impulsamos, para darnos a entender, traducciones al español de otros autores y de la discusión que se estaba dando de forma simultánea para que vieran que no era un caso aislado...

las preguntas que nosotros nos estábamos haciendo no eran situaciones ajenas al resto de los historiadores. Por lo que, en los primeros números, se tradujo mucho, tratando de que vieran que era una discusión más amplia. Nosotros decíamos: "no es una revista de teoría de la historia; es una revista de historiadores pensando su oficio". Nos interesaba publicar textos de historia donde viéramos que el propio historiador daba cuenta de lo que estaba haciendo, que el propio historiador era consciente de que escribía historia. Eso sí, una historia reflexiva, distinta a la que actúa de forma ingenua frente su propio quehacer.

MA: En este sentido, ¿usted cree que *Historia y Grafía* ha conseguido influir en la Academia mexicana, en los historiadores en general?

AM: Mi respuesta inmediata es que sí. Pienso que los historiadores no pueden hacer como que no existe *Historia y Grafía*... ya no pueden ocultarla, ya no pueden negarla. Yo diría que sí ha repercutido esta revista en la comunidad de historiadores. Uno de los elementos que nos permiten constatar que la revista ha influido y que tiene un peso es el que haya logrado el reconocimiento del CONACYT... que esté en los estándares internacionales de revistas. Sobre esto último, nos empezaron a llegar artículos de distintos lugares: Europa, Argentina, Colombia, Brasil, Estados Unidos... La revista se dio a conocer enormemente. Incluso, en algunos lugares fuera de México se ubica a la revista con una italiana que también toca el tema de la historiografía... se comentaba antes que eran las dos únicas revistas en el mundo que tenían esa característica; las dos servían para ver

dónde estaba el debate y la discusión en el quehacer de los historiadores.

MA: Continuando con las revistas académicas, para usted, ¿cuál es la importancia o la particularidad del primer número de una revista?

AM: ¡Es muy importante el primer número de una revista! Primero, una revista es el producto de un colectivo, esto es, una revista surge siempre como un proyecto conjunto. Dicho proyecto colectivo debe contar con una política editorial, formas de trabajo definidas, qué tipo de identidad, tener muy claro cuál es la intención de sacarla, qué es lo que pretenden. Para todo ello, se tiene que discutir y dialogar. En cuanto al primer número, el origen, aun siendo problemático para el historiador, instituye la razón de las acciones que van a venir después. Por ejemplo, cuando un niño nace, cada hecho que vaya viviendo va a estar relacionado con ese momento en que nació. Es decir, todo se va a contar hacia el primer número, no de una forma repetitiva, pero sí, en cuanto a que el primer número marca el desarrollo de la revista. Si el primer número contiene algo valioso, la revista continuará, seguirá funcionando y elaborándose.

Lo otro que es muy importante es que el primer número surja de un pequeño comité que se constituya para definir qué se publica y qué no. El consejo de redacción va constituyendo la identidad de la revista: tiene que ser un lugar fundamentalmente de discusión de ideas... para que la revista tenga fuerza, tenga una evolución. Lo demás es formal: es muy importante definir cuántos artículos van a publicar, cuántas reseñas, qué tipos de artículos, etc., pero lo interesante es que la revista se convierta en un grupo de un diálogo serio, con una identidad estipulada.

MA: ¿Qué consejos le daría a alguien que quiere mandar un artículo a una revista académica?

AM: Existe un problema con el que se enfrentan los investigadores, que es el problema de obtener puntos mediante publicaciones. Su situación actual mide su producción de manera cuantitativa... Yo recomendaría, primero, una autenticidad con la idea que se quiere trabajar. Me refiero a que realmente sea una pregunta que le interese contestar al autor... que haya un propósito. Segundo, una de las cosas que pido mucho es que esté muy bien argumentado porque puede darse el caso de que te lean y no estén de acuerdo contigo, que sería lo más normal ante tantas posiciones, pero que sí digan: "utiliza argumentos bien manejados". Porque lo que tienen que contestar, en ese caso, son tus argumentos. Un artículo bien argumentado posibilita la continuación de un diálogo; de otra manera, no lo favorece. Yo siempre he intentado ser estilísticamente claro... que la persona vea los argumentos que utilizo y que pueda entablar un diálogo con lo que dije. En suma, que haya una pregunta de verdad, que haya una lectura de lo indispensable para poder contestar la interrogación, que haya una argumentación sólida y, especialmente, te diría, un esfuerzo de claridad en la redacción del artículo.

MA: ¿Qué podría decirle a alguien que enfrenta el problema de rechazo tras rechazo con su artículo en los procesos de dictaminación?

AM: Es cierto que, cuando uno envía algún artículo a una revista, se expone a que le rechacen el artículo. Sin embargo, un artículo que esté bien argumentado quedará en

publicable con cambios. Un artículo se manda dictaminar y el dictaminador puede tener una postura, en cuanto al tema, totalmente contraria a la que el articulista envió, pero, si está bien argumentado, se sustenta y es publicable en algún momento. En el mundo contemporáneo la verdad, ya no de adecuación con el propio mundo, reside en la coherencia interna del texto: que el texto sea coherente, bien argumentado y esté sustentado, que las referencias sean pertinentes...

MA: Considerando que los nuevos medios de comunicación y la era digital influyen en la producción del conocimiento, ¿cómo podemos entender que las revistas se estén mudando al espacio digital? ¿De qué manera esta materialidad tan particular puede influir en las formas de producir conocimiento y comunicarlo?

AM: Seguimos esperando investigadores que analicen todo lo que implica la comunicación digital. El tiempo que llevó para poder tematizar la aparición de la imprenta, y el darse cuenta de todos los cambios que trajo, fue considerable. La tecnología digital no es algo exterior a la mente, sino que está unida con ella. A lo que me refiero es que el cerebro no piensa: lo que piensa es la mente en conjunto con la tecnología... la materialidad de la comunicación determina las formas de pensar. Yo inicié escribiendo a mano mis artículos y, luego, se pasaban a una máquina de escribir; fíjate: primero, máquinas de escribir mecánicas, más tarde, apareció la máquina de escribir eléctrica, luego, unas donde podías corregir errores, etc. A mano, tenías que tener un texto muy bien elaborado, esto implicaba una forma de pensar singular: a mano hay un ritmo, hay una manera de decir las cosas.

Ahora, sabemos que las universidades tal como existen hoy, todo su proceso de formación, dependen de la cultura del libro. Yo me pregunto: ¿qué tipo de universidad se formará ahora que se está transitando hacia la cultura digital? ¿Serán otras maneras de razonar? Una de las características de la tecnología digital es que permite la comunicación en tiempo real. Yo puedo tener un periódico digital y, en el transcurso del día, me van apareciendo notas nuevas. ¿Qué implica la comunicación digital? Que se da en tiempo luz... es inmediata. La tecnología hace que todo sea inmediato. Imagínate lo que era la comunicación antes y cuánto tardaba en recibir una carta, reflexionarla, contestarla. Antes, tú escribías un texto, lo enviabas a una revista, se mandaba dictaminar, te decían que era publicable con cambios, corregías, lo volvías a enviar y aparecía tres meses después... Desde el momento en que lo escribiste, hasta que apareció, pasó un año completo... tú ya no pensabas lo que publicaste porque fue hace un año.

Hoy, en las revistas digitales, el conocimiento que se está produciendo puede aparecer de inmediato publicado. Lo que hace que todo sea muy acelerado. La tecnología digital nos lleva a existir en un tiempo real, un tiempo de lo simultáneo que traerá nuevas formas de pensar. En conclusión, el pensamiento está inscrito en tecnologías y no está separado. Yo no me imagino cómo piensa la generación tuya que nace ya con la computadora. Cuando me siento a escribir, tengo la idea completa de lo que voy a hacer y escribo de principio a final. Ustedes tal vez no. Como yo redactaba en máquina de escribir, no podía intercalar párrafos, tenía que tener todo claro... lo que implicaba una forma de pensar distinta. Son otras las posibilidades que da la tecnología digital.